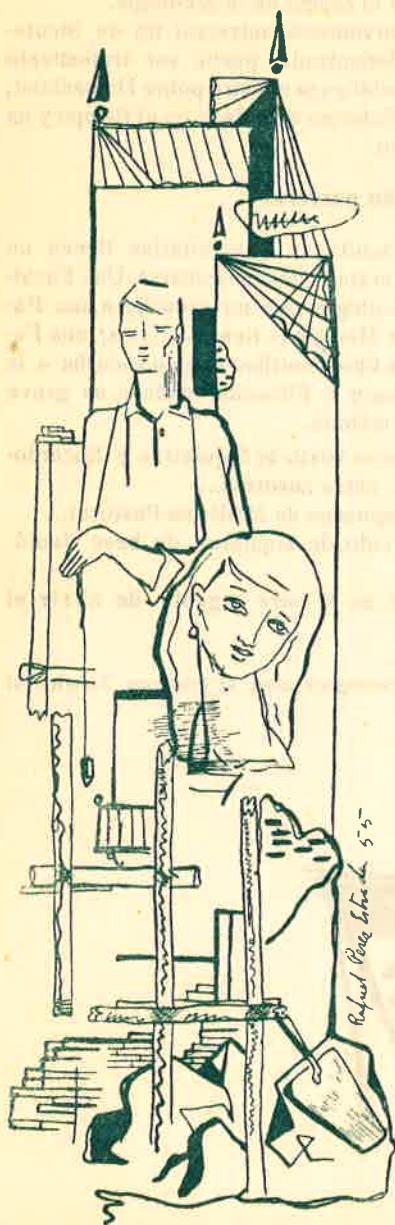


SOBRE ESTE AMOR



Un nombre próximo a la bienaventuranza. A aquélla del hambre y la sed... «El Ciervo».

Porque uno siempre se imagina al ciervo en una noble carrera de sed hacia el torrente.

Y esa revista joven y ágil que se llama «El Ciervo», parece que siempre ventea y nos acerca, desde el desierto, al clamor del agua.

«Para que sean muchos» es el título de un ansia. Deseo de llegar al matrimonio, «no como dimi-tidos y jubilados de la vida de plenitud espiritual y vocación misionera, sino con la amplia conciencia de sus posibilidades religiosas y sociales» (1). Deseo de crear nuevos hogares para el incendio nuevo de la sociedad cristiana.

La tentación de una frase

Es bello el matrimonio.

Los que gozamos de la familia «museable»; la de la madre que con encanto irreplicable enseñaba a rezar; la del padre serio, trabajador y celoso; la familia sencilla y fácilmente sacrificada; lo sabemos.

Lo sabemos porque lo vimos. Porque hemos visto irse a esas mujeres museables de fecundidades pacíficas y enormes, serenamente, cara a la Fecundidad, después de cumplir su primavera llena de encantos, su verano lleno de ardores y su otoño llovido de frutos. Y sabiendo del invierno...

Y nunca pensamos que lo que ellas hicieron fuera una «honesta fornicación» (!!)

Su vida más bien nos sabía a *Historia Sagrada*.

Concedamos que esa paradoja hiriente «honesta fornicación», fué la caída de alguien en la tentación chestertoniana del contraste.

Pero es falsa.

(1) Los entrecuadrados sin cita especial pertenecen a El Ciervo. Las demás citas irán al pie.

EDIFICARÁS

José Ramón Bidagor S. I.

Lo peor será que se llegue a vivir esa falsedad, como se ha llegado a no pensar en ocasiones en el matrimonio, sino como en el epílogo a Pérez y Pérez (o cualquier otro novelista del mismo «género»).

¿Falta de formación? Indudable. ¿Con culpa de quién? No seamos fariseos ni nos acusemos mutuamente. Lo cierto es que hay deformación sobre el matrimonio. Y otra, *tal vez originaria de aquella, en la formación del amor.*

El amor, un dato preciso

«He aquí a este colegial de diecisiete años que se plantea el dilema de los Ejercicios Espirituales al fin del bachillerato». *De ninguna manera* «convengamos en que se le han dado más elementos para una elección determinada que para otra». Juegan tres contran uno: Mundo, demonio y carne (dos carnes, la que vocea fuera y la que grita dentro) contra un hombre sin hacer... Y se le intenta sacar del campo del mundo para llevarle a la meta del amor.

No se le han dado más. Pero quizás no se le han dado todos. Y es posible que se haya omitido el dato preciso. El dato indispensable para hacer nacer la luz fulgurante que le ciegue a sí y a las cosas, para arrastrarle al *total enamoramiento de Cristo.*

Pero entonces ha hecho mal los Ejercicios. Y ante el dilema del amor y el egoísmo, se extraviará por aquel camino de perdición que dice Bernanos: «el camino más largo, del cual no se vuelve, que consiste en preferirse a sí mismo antes que al bien o al mal, permaneciendo indiferente ante los dos» (2). Y para el trance de toda su vida será incapaz de «determinarse sin afición desordenada» (3).

(2) «Le chemin de la Croix-des ames».

(3) «Ejercicios Espirituales» Título.

«EL CIERVO», Set.-Oct. 1954, en su artículo «Para que sean muchos» me sugiere, con afán de buena voluntad, estas notas al matrimonio.

El artículo de «El Ciervo», sumamente atractivo, hace alusión muy directa, y no plenamente objetiva, a la encrucijada de la elección de estado tal como, según ellos, se enfoca en los Ejercicios de fin de bachillerato, dentro de un colegio como aquél que yo puedo conocer muy bien.

A ello hago principalmente referencia en el apartado: «El amor, un dato preciso».

Creo que, si nos leemos con mutua buena intención, nos haremos bien.

El dato es pues, la luz que despierta al amor; piedra de toque y primer mandamiento.
Pero un amor verdad.

Como Cristo a su Iglesia

Ese amor rosa hecho sólo de caricia y beso; hecho de sentidos; no es el amor. «La ternura epidérmica corre el riesgo de no ser más que la antena, el halo del instinto». G. Thibon: «Sobre el amor humano».

«Las formas inferiores de la pasión no son el amor, sino degradaciones de él, caídas del amor en la materia» (id.)

Un ángel derribado; he ahí nuestro amor, *necesitado de redención*. Y sólo El que pudo encerrar al Amor en un Corazón de carne, es el que puede enseñarnos a redimirle.

Amar como Cristo. Amar como Cristo a su Iglesia, es redescubrir al amor.

Una ligera exploración por el Corazón de Cristo, nos da estas señales, ciertas, para el amor: Realista. Antiegoísta. Ni puramente impresional o sentimentaloido.

Realista:

¡Qué bien sabía Él de nuestros bajos fondos: Tanto de las infidelidades interiores,

como de los egoísmos con que le apretaban las masas, o de la inconstancia de los apóstoles. No tuvo que seguir el amargo proceso de los hombres que lentamente descubrimos la realidad no ideal del ser amado. Cristo tuvo ese conocimiento de un golpe, *y, así, nos amó*. Porque nos amó en el Padre, que es como se debe amar.

«El auténtico amor conyugal no confunde nunca al amado con Dios; pero no lo separa nunca de Dios» G. Thibon: o. c.

¡Cuántas victorias crea esta visión realista; de frente, al amado!

«La intimidad es la gran prueba del amor. El ardor sexual se atrofia con la costumbre o tropieza... con inevitables sacrificios. Por otra parte el lento descubrimiento de la realidad del ser amado, destruye poco a poco, el ídolo interior que nos habíamos forjado de él...» (id.).

Esa figura de barro que amamos, se nos agrieta entre las manos si la queremos apretar demasiado a nosotros. Sólo cabe volcar sobre ella nuestro afecto. Tratarla como el artista a su obra. *Dar, más que recibir.*

Muchas veces ocurre que el contenido psicológico del amor es casi totalmente espiritual. Por eso nosotros que creemos en la creación del hombre, en su naturaleza espiritual, en su unidad por el alma inmortal, en su destino sobrenatural, estamos en la verdad cuando explicamos la existencia del amor por un don de Dios.

El amor está hecho a imagen y semejanza del Espíritu Santo. Esta es nuestra doctrina. Las formas inferiores de amor no son el amor, sino las degradaciones del amor, caídas del amor en la materia. Y no es demasiado fuerte la palabra. Pero lo que hoy se llama amor no es más que una profanación. Mejor fuera que se le impusiera un nombre extraído del vocabulario biológico.

F. Charmot «El amor humano».

Antiegoísta

Con esto hemos llegado a la pérdida de nosotros mismos. A la hora del don perfecto. A conjugar el verbo amar; verbo activo cien por cien, y que nosotros hacemos avarientemente pasivo. Al brindis total de la vida.

Así Jesucristo. «Fortis ut mors dilectio»: «El amor es fuerte como la muerte», porque el amor es un compromiso con la muerte.

Encontrad en el Corazón de Cristo una célula que no vibre por puro amor, y habréis matado a la Iglesia. Pero está bien claro que de amor se rompió en la cruz.

La estrella del matrimonio cristiano se enciende al encontrar este amor. Dos seres, —hombre y mujer—, se juntan. No para saciar sus instintos; no para conjugar dos egoísmos en un egoísmo mayor; sino para perderse uno en otro, y fundirse como dos llamas en una sola ardiente y viva.

No hay amor que dure toda la vida si se cree que el amar es gozar reciprocamente. Sólo cuando llegamos a perdernos a nosotros mismos, arribamos a la felicidad. Esta es la suprema paradoja del amor. Y la madre que, olvidada completamente de sí, se

pierde en el cuidado del hijo, lo ha entendido.

Un amor que olvida todos sus derechos es omnipotente.

Antisentimental

Y finalmente está de frente al sentimentalismo y la pura impresionabilidad. En esto Jesucristo es magnífico. No niega el sentimiento. No rechaza una sonrisa. Acepta un cariño, pero no se deja llevar sólo por ello. Nunca se salió del camino por una falsa sintonía con lo puramente atractivo.

Nosotros sin embargo... Los que vivimos para el instante. El instante del flechazo; el de la toilette. El de la fugacidad que huye como el tiempo, la nada, la distancia y el accidente... Nosotros los que hacemos el amor=placer, que se escapa como agua entre rocas... deberíamos aprender que no hay mayor sabotaje del amor que hacer de él una mera atracción.

Huidizos como la arena, el instinto y el sentido, la casa construida sobre ellos se vendrá abajo.

Avanzan aún más los modernos enemigos del matrimonio, sustituyendo el constante y genuino amor, base de la fecundidad y de la dulce intimidad, por cierta conveniencia ciega de caracteres y conformidad de genios, a la cual llaman simpatía, la cual, al cesar, debilita y hasta del todo destruye el único vínculo que unía las almas.

¿Qué es esto sino edificar una casa sobre arena? Y ya de ella dijo N. S. Jesucristo que el primer soplo de la adversidad la haría cuartearse y caer: «Y soplaron los vientos y dieron con impetu contra ella y se desplomó y fue grande su ruina» (Mat 7 27). Mientras que, por el contrario, el edificio levantado sobre la roca, es decir, sobre la mutua caridad conyugal, y consolidado por la unión deliberada y constante de las almas, ni se cuarteará nunca ni será derribado por la adversidad.

«Mientras al contrario, el edificio levantado sobre la roca, es decir, sobre la mutua caridad conyugal, y consolidado por la unión deliberada y constante de las almas, no se cuarteará nunca, ni será derribado por la adversidad» (6).

No queremos decir que busquemos un amor frío.

Cuanto más cálido, más grato. Pero que sea «bastante profundamente espiritual para librarse de los brutales estímulos de los sentidos y dominarlos aun conservando intacto su calor e inalterable su delicada ternura» (7).

Amor y Fecundidad

Todo amador es un creador. El fariseísmo del amor es la esterilidad (8).

Nosotros que llevamos la nada como médula de nuestra íntima arquitectura. Los que si somos es por una participación analógica del que Es, nos sentimos más ser cuando actuamos; cuando nos convertimos en creadores, «dando ser». De aquí que nos sintamos más divinos cuando somos padres, (y la paternidad espiritual sabe de este gozo tan profundamente y más aún que la carnal), porque entonces nos llegamos a Dios=Fecundidad.

La Fecundidad

Creo que el pensamiento es profundo:

Llegarnos a Dios es llegarnos al *Ser*. Y llegarnos al *Ser* es llegarnos al *Amor*, porque «*Dios es amor*». Y por otra parte arribar al *Amor* es arribar a la *Fecundidad*, pues en Dios se verifica la suprema identidad del *Ser=Amor=Fecundidad*, (salida de Sí por amor).

Por tanto, cuando en nosotros lleguen a

(6) AAS. 22 (1930). Encíclica de Pío XI sobre el matrimonio cristiano.

(7) O. R. Jul. 1941. Discurso de Pío XII a los recién casados.

(8) Se entiende la falta voluntaria de fecundidad, y sobre todo de fecundidad espiritual, pues me refiero al amor en general. El amor sin obras está muy próximo a la mentira. La nota primera de San Ignacio en su «Contemplación para alcanzar amor» es siempre verdadera. «...el amor se debe poner más en la obras que en las palabras». (Ej. Esp. n. 230).

identificarse el ser con el amor, surcaremos la alta mar de la santidad, que es asimilar-nos lo más posible a Dios. Y también, verificando en nuestra persona, la triple identidad amor=ser=fecundidad, estaremos en la plenitud de la paternidad que no es otra cosa sino una inefable salida de nosotros mismos.

¡Qué verdad es que el padre es la presencia de Dios sobre la tierra! ¡Y qué necesidad más imperiosa para el hombre la de ser un creador! Necesidad nacida del amor y que arrastra en su fracaso el desastre de nosotros mismos:

Porque el que frustra el amor frustra su propio ser, —no hay ser menor ser, no hay hombre menos hombre que aquel que no ama—. Y frustra el amor el que frustra la fecundidad.

Por tanto ¿Será ilícito deducir de aquí que un amor conyugal [hecha precisión naturalmente del matrimonio presidido por el noble ideal de la virginidad (9)] sin tendencia directa, —de fin primordial e indefectible,— hacia la procreación y la educación, no merece tal nombre de amor, sino a lo sumo el de triste caricatura?

Este es el fin del matrimonio

Porque es el fin del amor. Entiendo que si la meta del matrimonio fuera, como se ha insinuado (Doms y Krempel), consumir una suprema unidad ontológica de hombre y mujer para conseguir «la perfecta unidad de la naturaleza humana», tendría el matrimonio un sabor de velado egoísmo muy lejano del verdadero *Ser=Fecundidad*.

Precisamente del gozo de la fecundidad mutua nace la máxima solidez en la unidad marido-mujer.

Que estas son las vías de Dios tan bien trabadas. El amor une en la colaboración, no en la mera contemplación estéril. Y la colaboración confluye en la fecundidad, de la que refluye el gozo supremo de sentirse causa de felicidad y de ver la continuidad de nuestro ser por los caminos de la vida terrestre que pronto nos tocará abandonar.

No es por tanto el matrimonio el amor por

(9) Pienso ahora en el incomparable y divino enlace María-José pleno de fecundidades espirituales y santas.

el amor. Sino el amor por la fecundidad. Por institución divina, —ni sólo como fruto o efecto alguna vez deseable, ni como causa de un bien social demográfico, sino como un fin primario aunque no exclusivo— el matrimonio es para la generación y la educación.

Sobre un amor bien entendido se hace el edificio del matrimonio. Este represa dos auténticos amores que saben de «la alegría grave, silenciosa e incorruptible de entre-

garse» (10) hasta confirmar la palabra del Señor: «*El que pierde su alma la encontrará*».

Perdidos el uno en el otro, marido y mujer; fundidos en el olvido de sí mismos, se convierten en un principio de generación. *Han consumado el matrimonio.*

Van a comenzar a gozar del nombre incomparable: PADRES.

(10) G. Thibon. o. c.

